



La aldea global, esquilmada y desigual

La globalización conduce a una gran crisis social y ambiental

por Chusa Lamarca*

El término "globalización" hoy tan de moda, se aplica en múltiples sentidos. Por un lado, se utiliza para reflejar la consideración del mundo como un gran hipermercado global en el cual se producen, se adquieren y se comercializan productos en cualquier parte del planeta. En este sentido se habla de globalización económica, esto es, un aumento del comercio exterior que se ve favorecido por la apertura y liberalización de los mercados y por el impacto de la actual revolución tecnológica sobre las comunicaciones tanto físicas (transportes), como electrónicas (información). Para algunos analistas, el aspecto clave de la globalización, es la gran movilidad del capital financiero, la existencia de un gran casino planetario donde diariamente y a la instantánea velocidad de la luz, las redes electrónicas mueven e intercambian sin control, 1,5 millones de millones de dólares.

*Chusa Lamarca, Ecologistas en Acción y Movimiento contra la Europa de Maastricht y la globalización económica.

Sin embargo, la palabra globalización no se usa sólo referida a la globalización económica o financiera, sino que abarca muchos más aspectos. Se trata de un proceso que parece integrar o englobar todas las actividades de nuestro planeta, tanto las actividades económicas, como las actividades sociales, culturales, laborales o ambientales. La globalización entraña una interdependencia de las sociedades, parece como si las fronteras geográficas, materiales y espaciales del planeta desaparecieran. Las redes de comunicación ponen en relación e interdependencia a todos los países y a todas las economías del mundo, nuestro mundo se habría convertido en una aldea homogeneizada y global y, sin embargo, en esta gran aldea unos son los beneficiados y otros los perjudicados, el planeta es una aldea desigual.

Globalización y neoliberalismo no son términos sinónimos, pero actualmente se produce una repetida concordancia entre el fenómeno físico de la globalización y el fenómeno ideológico del neoliberalismo. Gracias a la globalización parece como si hubiera triunfado un único modelo económico e ideológico en el mundo, el modelo

neoliberal. De Norte a Sur y de Este a Oeste, el neoliberalismo se nos presenta hoy como un nuevo y deseado paraíso a alcanzar cuya única receta para aspirar a él consiste en reconducir todos nuestros quehaceres productivos hacia la esfera de la más pura y dura competitividad y cuyo único motor es la búsqueda del beneficio económico y monetario. El capitalismo globalizante es una especie de rey Midas que transforma todo lo que toca en mercancía.

En realidad, lo que nos quieren dar a entender es que el capitalismo es un sistema mundial y que hoy, con la caída de las economías del este, los pueblos, los Estados y los individuos sólo tienen un único camino a seguir: la lógica del mercado. Sin embargo, las nuevas relaciones de producción y consumo no han abolido las antiguas. La tierra, el aire, el agua y otros recursos básicos y necesarios para la vida siguen utilizándose como mercancías; igualmente, el trabajo humano es una mercancía y para la "mano invisible" del mercado da lo mismo que las personas vivan o mueran en condiciones infrahumanas.

Hoy al capitalismo se le han añadido algunos adjetivos: imperialista, corporativo, transnacional o global, pero sus bases son las mismas que las de antaño. La producción y el beneficio a costa de lo que sea, siguen siendo el motor de esta ideología. En la tan cacareada aldea global, millones de seres humanos siguen viviendo fuera del mercado. La desigualdad se produce entre los "incluidos", pero cada vez más la globalización va sentando las bases de un apartheid social, levantando un nuevo telón de acero que separa el mundo en dos bloques bien diferenciados: incluidos y excluidos. En una Tierra donde hay 4.500 millones de pobres y entre los cuales, 1.500 millones no tienen con qué alimentarse cabe decir, más bien, que lo único que se ha globalizado es la mundialización de la miseria.

A pesar del triunfalismo de este modelo, existe la conciencia de que atravesamos una crisis generalizada, una crisis económica, social, política y ambiental de dimensiones globales. Parece claro el agotamiento de este modelo ecológicamente depredador, políticamente injusto y socialmente perverso y, sin embargo, se nos presenta como el único e inevitable camino a tomar.

Globalización y democracia

Aunque nos hablan de la "mano invisible" del mercado como único motor regulador de la economía, esta mano que aprieta y ahoga tiene actores bien concretos, responde a influencias políticas y económicas no sujetas a control democrático: el FMI, el

Banco Mundial y la OMC actúan como los verdaderos garantes de un gobierno mundial. Estas instituciones no están al servicio de los pueblos, sino del gran capital internacional. El FMI y el BM con sus planes de ajuste estructural y con la excusa del pago de la deuda ingenian medidas legalmente expropiatorias de los bienes y patrimonios colectivos de pueblos y naciones enteras. Inmensas inversiones públicas o de carácter social han pasado a manos de empresas y conglomerados transnacionales. Con la cesión de estos recursos a manos privadas se minimiza, aún más, el espacio público en el cual la gente puede expresar sus ideas y se niega, con ello, cualquier modo de intervención pública.

Los Estados van perdiendo consideración como órganos e instrumentos de decisión tanto económica como política, en favor de las grandes corporaciones multinacionales que se convierten en los primeros sujetos responsables de la política económica mundial o estatal. Imbuidos por esta lógica neoliberal, los países dictan normas y leyes liberalizadoras; firman acuerdos comerciales que favorecen las dinámicas del "libre" mercado; se integran en bloques económicos regionales y subsistemas globales (UE, APEC, TLCAN, ALCA, ASEAN, etc.); impulsan las privatizaciones; abandonan las políticas de tipo social y condenan a los más desfavorecidos a la miseria y la marginación.

El neoliberalismo lejos de ignorar al Estado, lo utiliza, conduciéndolo a servir los intereses del capital tanto nacional como extranjero. En los países occidentales los gobiernos de corte liberal han asumido un activo papel desnacionalizador, pero paradójicamente, han sido los gobiernos socialdemócratas europeos los que han asumido como "necesidad histórica" la continuidad y puesta en práctica de este modelo y orden social injusto.

El capitalismo es un sistema mundial. Foto: Gala



La globalización como cualquier fe ciega, también tiene sus sacerdotes. El discurso justificador es a partes iguales entre gobernantes, empresarios, financieros, tecnócratas y responsables de los medios de comunicación de masas.

El casino planetario

Pero ¿cuál es la realidad material de la globalización? La producción global mundial se ha mantenido más o menos estancada desde los años 70 con un crecimiento medio en torno al 5%, mientras que el comercio mundial de mercancías aumentaba del 11 al 18%, pero el gran salto se ha producido en el capital especulativo que ya hacia 1989 superaba en 50 veces los valores del producto mundial. El actual mercado mundial es un mercado de dinero que tiene como fin hacer dinero del dinero, su crecimiento no va parejo del progreso de la economía real, de ahí que se hable de la gran burbuja financiera. El capital financiero es el elemento vertebrador de la globalización.

Paraísos fiscales, ganancias del narcotráfico y las armas y prácticas bancarias y bolsísticas facilitadas por la electrónica y las superautopistas de la información, favorecen la conformación del actual casino financiero. En este gran casino planetario abierto las 24 horas del día, sólo tienen derecho a apostar un puñado de jugadores billonarios que mueven más de 1,5 millones de millones de dólares al día —el valor total de más de 15 días del producto bruto de la economía mundial—, mientras el resto de los seres humanos que pueblan el planeta, pagan con su trabajo, su sudor y su vida el precio de tan absurdo y disparatado juego.

Pero los globos financieros han empezado a estallar. La tormenta del sistema financiero y monetario internacional se desata ahora de un país a otro, de una región a otra y desde la periferia al centro. Los que provo-

caron la crisis salen indemnes, mientras las economías del sudeste asiático, Europa Oriental, América Latina y otras economías en transición, los pobres de todos estos países, sufren las consecuencias. En Rusia, por ejemplo, el flagrante fracaso de la introducción de la "cultura del mercado", ha

hecho que se establezca en ella una economía de trueque. Los pilares del modelo internacional se desmoronan y endosan los fallos de la liberalización financiera a los pobres de las economías en desarrollo.

Ante la sucesión de las tormentas financieras —desde el efecto tequila al efecto vodka—, por primera vez se alzan algunas voces críticas dentro de los propios gurús de la macroeconomía y del sacrosanto FMI. La farmacopea neoliberal que sigue utilizando los planes de ajuste estructural impuestos por el FMI, obliga a que el país que recibe los créditos abra de par en par sus mercados financieros para permitir que la gran banca extranjera compre los bancos nacionales; fuerza a elevar las tasas de interés —lo que ocasiona el hundimiento de las empresas locales—; impone subidas de impuestos que son soportadas por las capas medias y bajas cada vez más empobrecidas; y conmina a draconianos recortes en el gasto público. El resultado de estas políticas de "salvación" es el enriquecimiento de los capitalistas de los países del Centro a costa empeorar las condiciones de vida en los países de la periferia. Hay quien augura que no falta mucho para que la crisis alcance una dimensión generalizada, aunque los curanderos de la ortodoxia económica todavía siguen considerando al sistema central como "sano" y diagnostican los males sólo en las periferias. Pero las recetas neoliberales son ya incapaces de curar este sistema enfermo.

Globalización y medio ambiente

El sistema capitalista global funciona sobre la explotación de los recursos naturales y la mano de obra de los países "pobres". Los países del Sur sobreexplotan sus recursos forestales y naturales para destinarlos a la exportación hacia los países ricos como pago por los intereses de la deuda externa y las compañías transnacionales se adueñan de la tierra y sus recursos naturales. La mayor parte del patrimonio natural del planeta se encuentra en los bosques tropicales del sur, hoy sometidos a una grave degradación por los intereses económicos y comerciales del Norte. En los últimos 50 años se han perdido un tercio de los bosques. Millones de hectáreas de tierras cultivables desaparecen cada año debido a la erosión y la sobreexplotación y se calcula que dentro de diez años habrán desaparecido entre un 15 y un 20% de todas las especies animales y vegetales existentes.

El sudeste asiático era, hasta ahora, la principal fuente de maderas tropicales, pero el progresivo agotamiento de sus bosques y selvas ha hecho que se comiencen a

explotar a destajo las selvas tropicales de América Latina donde día a día se construyen nuevas vías de acceso y nuevos asentamientos mineros, industriales y urbanos. Las empresas extranjeras detentan los derechos de explotación maderera de 12 millones de hectáreas de la Amazonia. No hay que olvidar que los bosques son también el hogar de muchos pueblos, pero los gobiernos y las multinacionales no respetan los derechos territoriales, sociales y culturales de los pueblos indígenas, ni las formas de vida de las comunidades locales tradicionales.

Hay causas directas que contribuyen a la degradación de los ecosistemas: la promoción del comercio internacional y la liberalización económica cuyas reglas de funcionamiento se basan exclusivamente en la ampliación de los mercados, sin tomar en consideración sus funestas consecuencias ambientales y sociales. Para la "lógica" actual, el uso sostenible de los ecosistemas, la utilización colectiva de la biodiversidad, la protección del conocimiento, la preservación de la seguridad alimentaria y la existencia de sistemas justos y equitativos de distribución de la riqueza y los recursos son considerados como limitaciones al comercio.

Los problemas ecológicos y ambientales son indisociables de los problemas del desarrollo de los pueblos, un desarrollo desigual para las sociedades y los seres humanos y dañino para la naturaleza. La cuestión ambiental no puede ser vista como un obstáculo al desarrollo de un país, sino como una condición indispensable para ese desarrollo, claro que habría que cambiar radicalmente el ya tan manido y vapuleado concepto de desarrollo.

Los países pobres con sus nulas o bajas normativas ambientales y fiscales se convierten en paraísos para las transnacionales. Los intereses de las compañías mineras, petrolíferas, de los terratenientes del lugar y de los políticos corruptos de turno, no dudan en asesinar a indígenas y campesinos con el fin de obtener beneficios. Pero la nueva colonización de los países "pobres" no se consigue sólo a través de las balas, a veces sus métodos son más refinados, aunque igualmente criminales. En Latinoamérica, los ejércitos reclutan mano de obra para

los cultivos destinados a la exportación, mientras la población nativa pasa hambre o padece enfermedades por las malas condiciones de vida y de trabajo, la contaminación sin control, el vertido indiscriminado de residuos tóxicos o el empleo de plaguicidas. Todas estas prácticas, prohibidas en los países "desarrollados", están a la orden del día en los países de la periferia. En Guatemala, según ha denunciado Rigoberta Menc-

obtenan mayores beneficios sin pagar ningún tipo de impuestos o aranceles.

La diversidad es la base del equilibrio y sustento de todos los sistemas biológicos y las comunidades locales tradicionales a lo largo de la Historia, han sabido mejorar y conservar la biodiversidad aumentando la base de los recursos disponibles. La población rural del "Tercer Mundo" depende directamente de los recursos biológicos

para suplir el 90% de sus necesidades, pero estos recursos están pasando a manos de compañías transnacionales. La mayor diversidad no se encuentra en los países ricos del Norte, sino en los llamados países del "Tercer Mundo", y a pesar de ello se les sigue denominando países "pobres". Los intereses mercantiles no sólo provocan que se pierda la diversidad genética: se pierden 100 especies al día, sino que usurpan los recursos y conocimientos de los pueblos y culturas tradicionales para su puesta en circulación en el mercado global. Las empresas transnacionales y los gobiernos de



Menos de una quinta parte de la población consume el 80% de las reservas del planeta y produce el 75% de las emisiones contaminantes. Foto: Gaia

hú, las mujeres tienen la leche contaminada a causa de los plaguicidas empleados en las plantaciones.

El Banco Mundial, que sistemáticamente había considerado a las mujeres como sujetos "pasivos" a la hora de aplicar sus políticas, les confiere ahora un papel destacado y considera que la contribución económica femenina es fundamental para el desarrollo: su utilización como mano de obra barata aporta más beneficios al capital. Las mujeres han sido siempre las más perjudicadas por este sistema global de explotación y el abaratamiento de sus salarios ha hecho que se incremente la pobreza femenina en las dos últimas décadas. Como siempre, su trabajo dentro del hogar, sin horario de cierre, sin descanso semanal, sin vacaciones y, sobre todo, sin salario, sigue sin contabilizarse en los balances macroeconómicos y sigue estando ausente de las mentes más preclaras de la ciencia económica, que suelen ser varones y de Chicago, para más señas.

Los organismos económicos y financieros internacionales se encargan de llevar a cabo los dictados del "mercado global". La OMC intenta imponer un orden económico donde los países ricos exploten más y mejor a los pobres, agoten sus recursos y riquezas naturales, destruyan el medio ambiente y

los países industrializados cuentan con el 95% de los derechos de propiedad y de las patentes biotecnológicas, el 99% en el caso de los vegetales. La privatización, monopolización y mercantilización de la vida conducen a un intercambio desigual que sólo beneficia a una minoría y condena a la mayoría de la población del planeta al hambre, la explotación y la muerte.

El Banco Mundial sigue imponiendo políticas de liberalización del comercio que impiden la protección y la ayuda a los campesinos y productos locales, y obligan a los países pobres al cultivo y exportación de productos con destino a los países ricos. Si a esto añadimos el poder desmedido de las grandes multinacionales agroquímicas que controlan no sólo todos los sectores de la producción y distribución agrícolas, sino también la tecnología y las patentes sobre las semillas, no es de extrañar por qué en India, en los últimos meses, más de 400 campesinos se hayan quitado la vida acosados por las deudas y por la humillación de haber perdido su único medio de subsistencia: la tierra.

Los países industrializados, con sólo el 21% de la población mundial, consumen el 75% de toda la energía producida en el planeta, mientras una quinta parte de la

población mundial carece de agua potable. Esto parece no sorprender a nadie pues la lógica del mercado se va imponiendo como único catecismo. Se pretende mercantilizar todo, incluida la emisión de gases que producen el efecto invernadero ya que se intenta que los países "desarrollados" puedan comprar su cuota a los países pobres para poder seguir contaminando.

No sólo la contaminación se manda a los países de la periferia, también la basura nuclear se exporta a los pobres. EE UU pretende construir un vertedero nuclear en Sierra Blanca, a sólo 32 km. de la frontera mexicana. El terreno no ha sido elegido por sus especiales condiciones de seguridad, por el contrario, se trata de una zona con un alto riesgo sísmico —en 1995 se produjo un terremoto de 5,6 en la escala de Richter, sino por la "especial" composición de su población: es uno de los lugares más pobres de Texas y, además, 7 de cada 10 personas que habitan la zona, son mexicanos.

Este acto de racismo ambiental no es un hecho aislado; la región ya contaba con un depósito de lodos contaminados procedente de Nueva York. EE UU coloca sus basureros en las reservas indígenas y en zonas habitadas por minorías étnicas o con bajos ingresos.

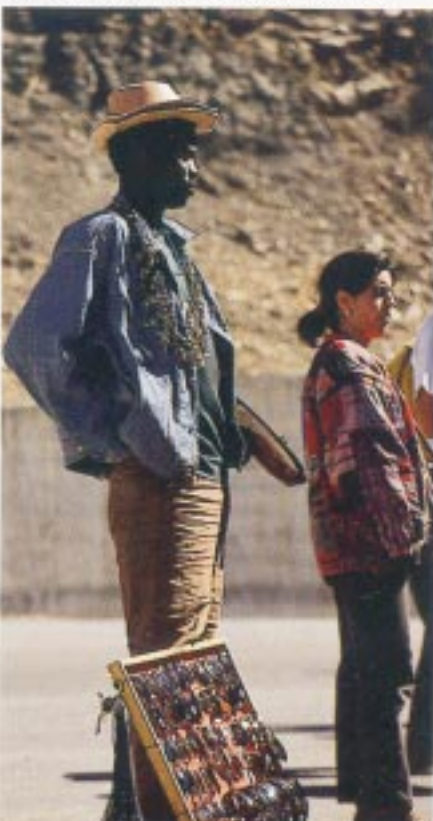
Y existen multitud de ejemplos similares. La doble moral de los países ricos es completamente inmoral. Mientras que los países "desarrollados" cierran centrales y aprueban moratorias nucleares, la Agencia Internacional de la Energía Atómica, dependiente de la ONU, propone el uso de la energía atómica para desalar agua del mar en 80 países que sufren sequía. La industria nuclear, que ha demostrado ser un activo grupo de presión en la Cumbre del Clima de Buenos Aires, busca no sólo nuevas aplicaciones ahora que se les acaba el negocio en los países del Centro, sino también nuevos mercados en los países "no desarrollados", allí donde la conciencia pública ante el riesgo nuclear es escasa o donde la represión no permite a la gente expresar su rechazo.

Las empresas españolas no quedan al margen. Endesa quiere desviar el curso del río Bio-Bío (Chile) e inundar 4.800 hectáreas de tierras de los indios mapuches-pehuenches para poner en marcha la central hidroeléctrica Ralco. La zona, con una rica variedad de flora y fauna, constituye un ecosistema del que dependen 77 especies de vertebrados en peligro de extinción o con problemas de conservación. El proyecto del río Bio-Bío es un macroproyecto que tiene prevista la construcción de 6 centrales que inundarán cerca de 22.000 ha. A ello se oponen los indígenas y grupos

ecologistas bajo el lema "La tierra no se vende". Por su parte, Repsol, no sólo destruye bosque amazónico, sino que carga a sus espaldas un historial marcadamente antiecológico por sus continuos vertidos de crudo en Bolivia.

Los problemas del medio ambiente se encuentran directamente relacionados con los problemas de la desigualdad social. Pobreza y deterioro ambiental se hayan indisolublemente ligados. Se trata de una lógica y un modelo perversos ya que los pobres a corto plazo se ven obligados a destruir sus recursos naturales que son precisamente, los que a largo plazo necesitarían para subsistir. Y todo para satisfacer las demandas insaciables de consumo de los países ricos. Los problemas ecológicos y ambientales son el resultado de disfunciones de carácter social y político, están determinados por la forma de relación de los seres humanos, por los patrones de consumo que siguen y por el tipo de organización que adopta la sociedad para satisfacerlos, en suma, son el resultado del modelo económico establecido. El empobrecimiento progresivo del patrimonio natural del planeta y la limitada capacidad de recuperación de los ecosistemas, esto es, la crisis ecológica y la crisis ambiental son, pues, el resultado del actual modelo globalizador, un modelo de producción y de consumo injusto, depredador con los seres humanos y la naturaleza.

En la tan cacareada aldea global, millones de seres humanos siguen viviendo fuera del mercado. Foto: Gai



Menos de una quinta parte de la población mundial consume cerca del 80% de las reservas del planeta y produce el 75% de las emisiones contaminantes. Hay quien ha llegado a afirmar que a estas alturas del proceso evolutivo, lo que distingue al ser humano del animal es su capacidad para producir desechos. La Tierra es hoy un estercolero. Toda la extracción de recursos debe ser reducida y es obligatorio disminuir el consumo y minimizar el transporte —principal fuente de contaminación—, así como cortar de raíz cualquier intercambio comercial que sea innecesario. El desarrollo sostenible no consiste sólo en un menor consumo de recursos y una mayor eficiencia en los procesos productivos, sino también en el desarrollo social y cultural de los pueblos, de las comunidades y de las personas, en una mayor equidad en el reparto y distribución de la riqueza y en una verdadera participación democrática.

Continuar por el camino actual conduce a una crisis que ni los seres humanos ni la naturaleza están en condiciones de pagar. Es necesaria una nueva ética, una nueva racionalidad económica para que los seres humanos, los recursos y la naturaleza dejen de ser considerados mercancías. La globalización no es ni mucho menos una nueva e inexorable necesidad histórica, sino la ya muy antigua y despiadada necesidad de beneficio de algunos y, a las puertas del siglo XXI, es hora ya de acabar con la reproducción de este sistema global de explotación.



Referencias:

- * Globalización. *Revista Web Mensual de Economía, Sociedad y Cultura*. <http://veci.net/globalizacion>
- * *Informe sobre el Comercio y el Desarrollo 1998*. UNCTAD. Nueva York/Ginebra, Naciones Unidas, 1998. <http://www.unctad.org/sp/pressref/pressres.htm>
- * *Informe sobre Desarrollo Humano 1998*. PNUD. Nueva York/Ginebra, ONU, 1998. <http://www.undp.org/hdro98.htm>
- * Martín, Hans-Peter y Schumann, Harald: *La trampa de la globalización*. Madrid, Taurus, 1998
- * Ramonet, Ignacio: "Aliviar al planeta" en *Le Monde Diplomatique*, noviembre 1997. (Edición mexicana) <http://www.monde-diplomatique.fr/mx/1997/11/edito.html>
- * Ramonet, Ignacio: *Un mundo sin rumbo*. Madrid, Debate, 1997
- * *Revista del Sur*. Núms. 63-64, 72, 73/1997 y 75-76, 77, 81, 82, 85/1998. <http://revistadelosur.org.uy>
- * *Revista "Rebelión"*. Secciones Internacional y Ecología. <http://www.eurosur.org/rebelion/>
- * *Revista "Resumen"* Núm. 37 <http://www.nodo50.iz.apc.org/resumen/>
- * *Revista "SurSur_Digital"* <http://linux.nodo50.org/sur-sur-digital/>
- * *Revista "Tercer Mundo Ecológico"*. Núms. 113, 114 y 115/1998 <http://fp.chasque.apc.org:8081/redtm/boletin/>
- * *La situación del mundo 1998*. Informe del Worldwatch Institute. Barcelona, Icaria/ Fundación Hogar del Empleado, 1998.